



—Yo la ganaría en un abrir y cerrar de ojos — dijo el león.

—No estoy muy seguro de que así fuera — replicóle el unicornio.

—¿Aún hablas? ¡Gallina! Te arrastré por toda la aldea dándote golpes — rugió el león lleno de ira, haciendo ademán de levantarse.

Aquí intervino el rey para impedir que se reanudara la pelea. Estaba muy nervioso y la voz le temblaba de una manera lastimosa al decir:

—¿Por toda la aldea? Es un lindísimo paseo. ¿Fuis-
teis por el Puente Viejo? ¿Y por el mercado? Aunque el Puente Viejo es lo más pintoresco — agregó con el propósito de conjurar el peligro.

—Ni lo sé siquiera — gruñó el león acomodándose de nuevo —. Había demasiado polvo para fijarse en nada... ¿Pero qué hace el monstruo que no termina nunca?

Alicia, sentadita al borde de un arroyo, con la bandeja sobre las rodillas, manejaba hábilmente el cuchillo.

—¿Qué fastidio! — replicó la niña. Como se ve había-
se familiarizado con el nombre de monstruo —. ¡He
cortado ya varias porciones y vuelven a unirse!

—Veo que no sabes cómo arreglártelas con las tortas del espejo — observó el unicornio —. Primero se repar-
ten, después se cortan.

Alicia pensó que esto era una solemne majadería, pero muy obediente, hizo circular la bandeja entre los invitados y, efectivamente, la torta dividióse por sí sola en tres porciones.

—Ahora córtala — ordenóle el león, cuando Alicia volvía a su sitio con la bandeja vacía.

—¿Esto no es legal! — interrumpió con un relincho el unicornio, cuando Alicia se hubo sentado de nuevo con el cuchillo en la mano, perpleja y sin saber por dónde empezar —. ¡El monstruo le dió dos veces tortas al león, en cambio a mí me ha dado una vez!

—¿Pero ella no se quedó con nada! — observó el león —. ¿Te gusta la torta de manzanas, monstruo?